

NEW LEFT REVIEW 125

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2020

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Política y pandemias 7

ARTÍCULOS

JOHN GRAHL La dolarización de la eurozona 23

PERRY ANDERSON ¿Ukania perpetua? 41

SOPHIE PINKHAM Nihilismo para oligarcas 117

MARCUS VERHAGEN Velocidades de contemplación 139

CRÍTICA

AARON BENANAV Asimetrías mundiales 149

LAURA KIPNIS Eros y Psique 164

JOHN-BAPTISTE ODUOR Un disidente pragmático 172

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

JoAnn Wypijewski, *What We Don't Talk About When We Talk About #MeToo: Essays on Sex, Authority and the Mess of Life*, Londres y Nueva York, Verso, 2020, 320 pp.

LAURA KIPNIS

EROS Y PSIQUE

JoAnn Wypijewski no tenía la intención de acabar escribiendo sobre delitos cuando empezó a escribir sobre sexo. Lo que primero atrajo su curiosidad como escritora fue el deseo y el placer: «Las posibilidades de este, la absoluta necesidad de atenderlo como parte de cualquier política radical, su sentido y sus condiciones, la sustancia de la vida íntima». Pero los acontecimientos intervinieron: la epidemia del SIDA, las guerras culturales, la violencia homófoba, la pedofilia en la Iglesia, los Cinco de Central Park, Harvey Weinstein y el #MeToo. Y, como observa Wypijewski en *What We Don't Talk About When We Talk About #MeToo*, si lo que te guía es el sexo y la cultura, acabas escribiendo sobre delitos. En este libro se nos ofrecen casi treinta años de ensayos y reportajes, muchos publicados originalmente en *The Nation*, revista de la que Wypijewski ha sido durante mucho tiempo editora y colaboradora (también está en el comité editorial de la *NLR*).

Exponente de valores en desuso, como el escepticismo intelectual y la resistencia interior, impulsada por visiones de libertad más que por la tentación censora, Wypijewski no «cree a todas las mujeres», no pasa esa prueba de fuego contemporánea y se pregunta si los recuerdos de hace treinta años deberían ser legalmente válidos. Cuando un feminismo así aparece en el debate, a menudo se le adjunta el calificativo «blanco». Aunque la política sexual sea el campo de investigación, como expresa el título del libro, la clase social y la raza aparecen continuamente como categorías que resultan ser más determinantes que el género por sí solo. En la severa evaluación de

Wypijewski, las reformistas feministas que operan bajo la etiqueta #MeToo, no solamente pasan por alto conceptos importantes en torno a la libertad y a la justicia; también se olvidan de contar con el capitalismo en sus cálculos políticos. La campaña despliega un entusiasmo demasiado palpable por el castigo y, como presagia la experiencia de las mujeres negras («una de cada dos mujeres negras ama a alguna persona que está en la cárcel»), no hay ninguna liberación que esperar de un aumento de la criminalización. Demasiados comportamientos, muy diversos entre sí, se han agrupado bajo el paraguas de la «agresión sexual», mientras las personas acusadas experimentan juicios sumarios en lugar de procesos justos. Peor aún, el pánico moral, incluyendo este pánico interminable que estamos viviendo ahora, ni siquiera requiere que la persona acusada sea culpable.

«No hay que culpar a las jóvenes activistas que alzan la bandera del #MeToo de este mundo de castigo y miedo. Ellas no lo han creado. Pero todo ser humano es responsable ante la historia», escribe Wypijewski. «Es el mundo que hemos heredado y que legaremos con independencia de lo que hagamos con él». Es igualmente crítica ante las actuales tendencias carcelarias de las supuestas progresistas que antaño desconfiaban de las políticas de tolerancia cero y de los programas de ley y orden. Como señala con perspicacia de toda esa ciudadanía un poquito demasiado ansiosa por encerrar a los hombres —que normalmente son varones negros y pobres— y después hacer chistes y sobreentendidos sobre lo que ocurre en las duchas: «La violación es un delito horrible, excepto cuando se le desea a quienes han sido acusados de él». También tiene sus dudas sobre el movimiento de los derechos de las víctimas, en el que, en su opinión, «el aspecto de la empatía por la víctima a menudo oculta la verdadera función de las campañas: defender la venganza como un bien social».

Teniendo en cuenta el celo acusatorio del momento, un feminismo de izquierda que no se disculpe por ello es una especie cada vez más en peligro de extinción. Wypijewski sigue siendo una exponente de las energías en pro de la liberación características de la contracultura del siglo xx, aunque el siglo xxi nos arrastre con fuerza hacia lo que el antropólogo Roger Lancaster ha llamado «solidaridades envenenadas». El término designa ese «sentimiento comunal forjado a partir de las energías negativas del miedo, la sospecha y la vigilancia», que blande «el bochorno y el castigo con fines empoderadores y unificadores». La opinión de Wypijewski sobre la naturaleza humana no puede ser más desolada e incisiva, como cuando analiza los reflejos que impulsan a «la muchedumbre»: «La anticipación del castigo insufla vida a la gente con independencia de la ideología y ello se ha intensificado convirtiéndose en una diversión vulgar y terrible».

En una prosa que hace volatines entre el estilo periodístico, la polémica y la lírica, Wypijewski intenta desbaratar los guiones que hoy se han hecho

habituales sobre el sexo e insistir en los dilemas morales que acechan tras nuestras presunciones de culpabilidad y de culpa. «El terreno se hace aún más resbaladizo», argumenta, «cuando nos detenemos un momento a pensar en la forma en la que las personas normales practican el sexo, la forma en la que el peligro excita y la excitación relega la conciencia del peligro, la forma en la que la vergüenza influye en casi cualquier conversación sobre el deseo, la forma en la que la negación siempre, siempre, está en activo». Wypijewski ha estado presente en casi todos los escándalos icónicos de las últimas tres décadas: a veces en tanto que crítica cultural –hay capítulos aquí sobre Madonna y sobre el artista David Wojnarowicz–, pero con más frecuencia en los juzgados como reportera, entrevistando a los litigantes y a los testigos clave, escarbando en los hechos, hojeando documentos, reabriendo los casos. Cuanto más se demonizaba a los acusados, más le interesaban y, a lo largo de las páginas, desfila una larga procesión de estas figuras aborrecidas. A contracorriente de la condescendencia de la prensa hegemónica, Wypijewski insiste en que también son seres humanos.

Incluso Harvey Weinstein obtiene el beneficio de la duda, a contrapelo de la parodia de liberación que ha recurrido a «fabricar monstruos y luego encarcelarlos». Citando la descripción efectuada por la fiscalía de Weinstein («deforme», «anormal», «intersexual», «repulsivo», «gordo», «peludo»), comenta: «Nunca los insultos corporales y la trampa de la “normalidad” se han blandido de esta manera, como arma de una supuesta justicia progresista». Las sospechas de Wypijewski despiertan ante la uniformidad de opinión; allí donde hay un acuerdo social, ella presenta el aspecto contraintuitivo: «Es ahora un hecho aceptado que Weinstein es un delincuente violento. Puede que lo sea, pero en realidad no lo sabemos. Disfrutaba de su papel de acosador, pero su caída sería más satisfactoria si no se basara simultáneamente en una condena de oídas». La culpa o la inocencia real es irrelevante en estos juicios, porque el pánico sigue su propia lógica. Este es un concepto central para Wypijewski. Lo define como una erupción social, azuzada por los medios de comunicación, caracterizada por una alarma ante la inocencia en peligro (el arquetipo: las mujeres, los niños y las niñas blancas). El depredador, una presencia mutable, aparece como una amenaza contra la que hay que movilizar a la población. En un pánico sexual, escribe Wypijewski, las definiciones se derrumban: «Abuso» puede pasar a significar un comentario, una caricia, un acto de violencia; la violación, «un delito grave y terrible» se mezcla con comportamientos que pueden no ser en absoluto delictivos.

Lyndie England representa el anverso de este caso: una mujer blanca de baja graduación acusada de dañar la reputación del sistema. Una de las acusadas por el escándalo de las torturas en la prisión de Abu Ghraib, fue procesada por su papel en la humillación sexual de presos iraquíes desnudados para sacarles fotos de carácter pornográfico. Para Wypijewski la

historia «es, como en toda tragedia en la que la debilidad humana choca con una fuerza histórica, un enredo considerable». Cita la evolución de la política de torturas estadounidense, desde Afganistán hasta Guantánamo e Iraq, las «inmunidades respecto a la crueldad» que lograron la CIA y otras agencias. England, aparentemente bajo el influjo de un carismático novio, el auténtico cerebro detrás de las torturas y de las fotografías, era una soldado raso; fue la militar de menor rango implicada (tenía solamente 21 años en aquel momento) y, sin embargo, fue acusada de los delitos más graves. ¿Por qué? Porque Estados Unidos es un Estado que tortura y porque England era una perfecta sustituta culpable de la corrupción militar. No es que Estados Unidos no torture, es simplemente que no va a consentir que el país sea sorprendido mientras tortura por diversión.

A lo largo del libro se van hilando las formas en las que la moralidad social se utiliza con otros fines. Cuando alguien cruza una línea moral, la reacción de Wypijewski es escudriñar la cuestión de la agencia individual. Ese es el problema central con el que parecen lidiar estos capítulos, en los que Wypijewski inventa complicados regateos, sin perder no obstante totalmente la intensidad, para aproximarse a la sensación aprensiva (tal vez compartida incluso por unos pocos izquierdistas anticarcelarios) de que las personas que cometen actos horribles no son únicamente víctimas sociales. Una táctica de su arsenal es el cambio de énfasis, interpretado con elegancia, como sucede cuando se centra en el caso de Matthew Shepard, un estudiante universitario gay de Laramie, Wyoming, que en 1998 fue «colgado como un espantapájaros de una valla, golpeado hasta que no se le pudo reconocer y abandonado allí, donde murió sin zapatos, sin anillo, sin su cartera ni los 20 dólares que llevaba en ella». Sin embargo, no se centra tanto en Shepard como en Laramie y en los dos «paletos» hasta arriba de *speed* que colgaron al chico, a quienes Wypijewski trata con una empatía casi perturbadora: «Jóvenes con los prejuicios habituales, mucho más devastadoramente humanos de lo que nos resulta cómodo pensar». Investiga a qué se dedicaron durante la juerga de cinco días consumiendo *speed* que culminó en el asesinato, apuntando a que ello nos puede decir mucho más acerca del crimen, «más acerca de la vida cotidiana del odio, de la violencia y de la cultura heterosexual» que «todas esas caracterizaciones cuasi religiosas de la pasión, muerte y resurrección de Matthew como el santo patrón de la legislación contra los delitos de odio». El informe de un asesinato homófobo se convierte en una exploración de la masculinidad.

«¿Murió Shepard porque era gay o porque sus asesinos eran heterosexuales?», se pregunta Wypijewski. No solamente heterosexuales, sino probablemente en peligro de que les llamaran también nenazas y situados en lo más bajo de cualquier escala social. Allí donde algunas personas podrían pensar que el escándalo nacional generado por la muerte de Shepard

sería un logro, Wypijewski critica a los «chamarileros de la tolerancia», que no entienden que la masculinidad heterosexual es parte del problema. Wypijewski sospecha de las afirmaciones sobre el impacto de las víctimas, como cuando la madre de Shepard ensalzaba las bondades de su hijo en el juicio, los idiomas que hablaba, los libros que había leído, «es casi como si la muerte de Matthew contara más que si hubiera sido únicamente una nena, un marica». Shepard también había fumado porros y había probado el *speed*; incluso se hablaba de triángulos amorosos. Hubiera deseado que la muerte de Shepard hubiera provocado una atención especial a las cuestiones del sexo y de la libertad, «en lugar de discutir únicamente sobre la tolerancia y el odio».

Aquí y allá, Wypijewski borda ese tipo de reportaje que se sumerge en un *lugar*, especialmente cuando se trata de los enclaves deprimidos y desolados de la clase media baja estadounidense, que constituyen el escenario de muchos de los escándalos y de las tragedias de las que se ocupa. Viaja a localidades como Laramie para sumergirse en ellas, hablando con las personas, proporcionándonos relatos y datos sobre la infraestructura, buscando qué es lo que se fabrica allí (o, más bien, que es lo que ya no se fabrica). Las economías del lugar son, para Wypijewski, algo intrínseco a los dramas a escala humana del amor y la necesidad, de los secretos y la traición, que afloran desde estos paisajes deprimidos. Está pendiente del aislamiento, de las inseguridades, de las fanfarronadas y de los intentos de apaciguar: «Marx estaba equivocado. Es el sexo, y no la religión, el corazón de un mundo sin corazón»; en sintonía con las maneras en las que las personas que no tienen mucho más usan el sexo y las drogas para obtener un poco de trascendencia barata. Y saben los problemas en los que se meten.

Otro lugar deprimido y deprimente es Jamestown, ciudad situada en el norte del estado de Nueva York, donde Nushawn Williams, un hombre afroamericano seropositivo de VIH mantuvo relaciones sexuales sin protección con una serie de mujeres blancas a finales de la década de 1990 (una de ellas menor de edad), infectando al menos a trece personas. Después de que las autoridades difundieran su foto y sus datos médicos por todo el país, Williams fue juzgado y sentenciado a diez años; ahora se halla confinado indefinidamente en una cárcel psiquiátrica. Sigue siendo «una plaga de un solo hombre» o, al menos, a la comunidad le consuela pensar que encerrándolo a él y a otros se resuelven sus problemas. Como nos recuerda con frecuencia Wypijewski, estos villanos tan adecuados suelen ser pobres y negros. ¿Cómo se puede entonces equilibrar la agencia individual y la causalidad estructural? Siempre se puede culpar a la «lógica de la cultura». Pero, ¿qué hacer con todos los delincuentes culpables con infancias difíciles, con madres alcohólicas, adicción al *speed* y futuros sin esperanza, víctimas antes y ahora de la violencia endémica del capitalismo? ¿Son menos responsables cuando a su vez victimizan, violan o explotan a otras personas? ¿Cómo repartir la culpa y el castigo y

hasta qué grado deben equilibrarse con el perdón? Y, ¿cómo va a reflexionar sobre todas estas cuestiones el izquierdismo anticarcelario?

A lo largo de todo el texto, Wypijewski nos invita a festejar la potencia desestabilizadora del sexo, porque «a veces el sexo sí lo cambia todo». «¿Recordáis la imagen fugaz del amante desnudo y debilitado por la urgencia?», nos exhorta. Nos recuerda que «hubo un momento en el que Williams deleitaba a sus amantes y ellas le deleitaban a él». Cuando escribe sobre Nushawn acostándose con Andrea, una de sus parejas, que «las espadas se alzarían contra él no por golpearla sino por abrazarla, por besarla suavemente, por follar mucho y bien, por las únicas cosas que, en un mundo de dolor y sujeciones, le daban a ella un poquito de placer y le concedían un poquito de poder», estamos ante el periodismo inmersivo en su expresión más inmersiva (¿o casi proyectiva?). En tanto que dialéctica del sexo, las opiniones de Wypijewski son más frívolas: «¿Podemos experimentar el placer sin dolor?». O cuando explica que todos somos irremediabilmente débiles y que «la broma que nos gasta la vida es que es en esa debilidad donde radica el potencial de nuestro éxtasis y nuestra angustia».

Menos interesada en adjudicar culpas que en compartirlas, Wypijewski perdona el mal comportamiento que exuda la «locura de amor», incluso cuando afecta a republicanos (Mark Sanford) o implica una relación con la hija de tu exmujer (Woody Allen). Wypijewski tiende a sondear los motivos cuando estos encajan para sus argumentos, lo cual puede incluir en ocasiones un examen enérgico de los motivos de esas acusaciones sexuales, especialmente las que se alzan contra sacerdotes. El catolicismo es otro de los motivos del libro. En un momento dado me descubrí garabateando en el margen: «¿Se cree ella una santa?», pensando en lo proclive que es Wypijewski a la idea del perdón radical, para descubrir unas páginas más tarde que ella misma dice que de pequeña soñaba con ser santa. Hay dos capítulos que se ocupan de los escándalos de las agresiones sexuales por parte de sacerdotes en los cuales se muestra curiosamente magnánima ante esas figuras acusadas, teniendo en cuenta que, en su propia infancia católica, no se libró «de que le metieran mano un poco en la sacristía». La descripción que ofrece del culpable es especialmente memorable: un clérigo con ojos de cerdito y «dedos gordezuelos con los que recorría el interior del cáliz después de la comunión, chasqueando la lengua con las últimas gotas de la sangre de Cristo». Moriría después de un ataque al corazón.

Aún así, para alguien con una experiencia de primera mano sobre sacerdotes sexualmente invasivos, se muestra sorprendentemente escéptica sobre las afirmaciones de otros periodistas de que esas agresiones han sido endémicas. Culpa equitativamente a la Iglesia y a la prensa de este escándalo continuado, junto con los abogados que se ocupan de pleitos por lesiones. La Iglesia puede haber pagado más de 1 millardo de dólares en acuerdos

extrajudiciales; el problema es que esos acuerdos se entendieron como una prueba de la veracidad de las agresiones por parte de sacerdotes: «Tal vez la mayoría de las acusaciones fueran legítimas, pero no lo eran todas». En concreto, uno de los sacerdotes acusados atrae su curiosidad investigadora: el padre Paul Shanley, un «sacerdote de la calle» radical de la década de 1970 oriundo de Boston y, algo bastante sorprendente, activista gay, amigo del grupo que se reunía en torno a *Gay Community News*. En opinión de Wypijewski, Shanley se convirtió en una víctima sacrificial muy oportuna, en un sustituto de todos los sacerdotes que se libraron habiendo hecho cosas mucho peores. Se dedica a investigar de nuevo el caso, entrevistando a quienes lo acusan y a sus amantes, exponiendo un montón de prejuicios y mentiras, a la vez que reconoce que Shanley tuvo numerosas relaciones sexuales con adolescentes y hombres jóvenes. Wypijewski cree que Shanley era «la encarnación de las contradicciones vitales». «Sin duda se mentía a sí mismo» y, aparentemente, también a los demás, pero es un caso complicado de juzgar, insiste ella, «no porque no hiciera nada malo», sino porque también tuvo relaciones adultas con parejas que consintieron.

¿Consentían todas? Bueno, no del todo. En un episodio, a mitad del acto sexual con un hombre sin experiencia previa de veintinueve años llamado John Harris (era su primera experiencia con un hombre, Shanley tenía entonces 48 años), Harris dijo que él creía que debían parar. Shanley contestó: «Casi he terminado». Wypijewski admite, con indiferencia: «Eso no es lo que hubiera hecho Jesucristo». Aún así, dejarse llevar por el momento es «falibilidad humana», según su manera de pensar; no reconocer eso sería borrar la humanidad del sacerdote. En su opinión, estamos ante una historia sobre «el poder que el sexo ejerce sobre los hombres». En todo el resto del libro, cuando las personas explotan a otras personas, la sociedad figura como cómplice del delito; pero, de alguna manera, aquí no: cuando un sacerdote practica el sexo, el sexo es una fuerza de la naturaleza. La manera en la que la sociedad empodera a los hombres (e incluso los sacerdotes dentro del armario son hombres) se contempla de manera bastante vaga.

En la conciencia posterior al #MeToo, una pareja sexual diciendo «para» y la otra persona no parando, incluso aunque casi haya terminado, se define como violación. Aunque no consigamos decir «para», si no nos gusta lo que está ocurriendo o nos duele o cualquier otra cosa, la satisfacción sexual de una persona se está produciendo a expensas de la otra persona. O del sufrimiento. Hasta que #MeToo no ha sido tajante en sus intentos de trazar de nuevo las líneas de la instrumentalidad sexual, eso no parecía algo tan malo. Dado que, en el resto de ocasiones, Wypijewski era resueltamente escéptica, es extraño que esta característica vaya enmudeciendo cuando se trata del maltrato sexual. Para decirlo claramente, no estoy intentando meter a Shanley dentro de los actuales regímenes sexuales, pero no hay ningún

beneficio en tratar de minimizar lo explotadores que eran a menudo los regímenes anteriores. Wypijewski reconoce que algunas de las relaciones de Shanley «estaban destinadas a ser explotadoras», teniendo en cuenta el desequilibrio de poder. No obstante, intentando penetrar «el denso tema de la vulnerabilidad humana», cuestiona con persistencia la credibilidad de sus acusadores. Muchos de ellos procedían de hogares violentos, ¿aumentaría eso su vulnerabilidad?

No acabo de entender por qué Shanley le inspira esta lealtad. Wypijewski cita una carta que Shanley escribió a unos amigos, que me sorprende por su notable duplicidad, y que es especialmente incoherente acerca de cuántos episodios de «conducta inadecuada» se habían producido, oscilando entre el singular «un adolescente muy sexualizado» y el plural «no sería tan traumático cuando algunas de las víctimas volvieron. Y nunca se repitió». La vacilación entre el singular y el plural (que Wypijewski no menciona) parece adecuarse a la despersonalización de «casi he terminado». ¿Importa mucho si eran uno o varios cuando se trataba sencillamente de... terminar?

Admiro la lírica de Wypijewski cuando habla de la insistencia del deseo. Entiendo que quiera aferrarse a esta concepción del sexo como algo que nos arrastra, que nos encandila. Tenemos casi la misma edad y nos hicimos adultas en la época en la que el poder del sexo parecía algo protopolítico y liberador. Disfruto cada vez que alguien rechaza los instintos carcelarios tanto de la derecha como de la izquierda, porque ya casi nadie lo hace. Pero sí hay cosas que podemos aprender del #MeToo, especialmente acerca de hasta qué punto la explotación sexual mundana acaba por normalizarse bajo la etiqueta del «deseo». Se puede estar de acuerdo con Wypijewski, y yo lo estoy, en que no existen los monstruos de talla única, pero también considerar que su minimización del maltrato es un punto ciego. Pero sí, las condenas salen baratas y sí, todos somos monstruos.

En un hermoso ensayo final sobre James Baldwin, para Wypijewski el ego ideal y el espíritu que la guía, el ejemplo que este le ofrece es romper con los hábitos convencionales del pensamiento que sustentan las relaciones de poder existentes, la única manera de, en último término, ser completamente humanos. Exigiendo de sus lectores que también nos liberemos de nuestra convencionalidad cómoda y de la mentalidad del carcelero, Wypijewski misma está a la altura de su petición y las escritoras capaces de hacer eso escasean por aquí.